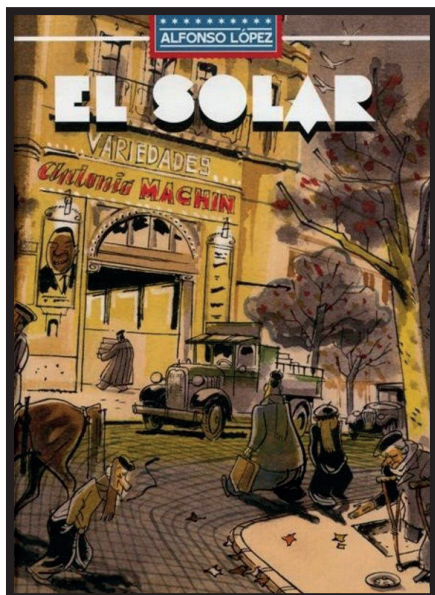


---

# El solar

ALFONSO LÓPEZ

La Cúpula, 2016



**D**URANTE la primera etapa de la dictadura se popularizó en España una marca de tabaco de nombre «Ideales» que había empezado a comercializarse en 1936. Con el paso del tiempo, la cajetilla y la tipografía (diseñada por Carlos Vives y que recordaba a la que se utilizó para señalar la ubicación de los refugios antiaéreos en ciudades de la zona republicana) llegaron a convertirse en una especie de icono de la época. Hasta tal punto la imagen de «Ideales» identificaba aquel período que algunos artistas de generaciones posteriores harían uso de la misma en obras que buscaban recrearlo: la colección de serigrafías *Seria Negra* (1975) del Equipo Crónica o las más recientes pinturas de Miquel Mollà sobre Xàtiva son un significativo ejemplo. Ese mismo ejercicio, y con idéntica intención, lo realiza ahora Alfonso López con la contracubierta de *El solar*. Para empezar, la divide

en dos mitades, una azul y otra negra, imitando aquellos viejos paquetes, e inserta la cabecera utilizando las mismas letras de la susodicha casa comercial, con la reconocible A en forma de flecha. De ese modo pretende, ya de entrada, presentar su nueva novela gráfica como un artefacto de rememoración histórica.

Dicho propósito se refuerza con un título más elocuente de lo que podría parecer en principio. En 1947, fecha en la que se sitúa el relato, nuestro país se podía describir como un solar olvidado, un erial en todos los sentidos. El régimen de Franco, que pretendía ya en aquellos meses legitimar su perpetuación con la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, hacía bandera de una política autárquica acorde con un país encerrado en sí mismo. Abandonado a su suerte por la diplomacia internacional, debido, entre otras cuestiones, a sus flirteos con el Eje durante la Segunda Guerra Mundial, le restaba todavía un lustro para firmar los primeros acuerdos bilaterales que empezarían a visibilizarlo a nivel internacional. Sin embargo, el solar no era solo metafórico. En las urbes españolas de aquellas décadas abundaban de hecho los rincones por reconstruir, las casas derruidas y los terrenos abandonados, que en ocasiones se convertían en espacios de juego para los niños. En las viñetas de las revistas de humor de los cuarenta y los cincuenta se prodigan los descampados convertidos espontáneamente en campos de fútbol, empezando por la pandilla de Jaimito y siguiendo con Zipi y Zape. Algo habitual por cierto en otras latitudes, como los barrios bruselenses de Quick

---

y Flupke o de Spirou, antes y después de la guerra respectivamente, o con posterioridad, en el vecindario del pequeño Nicolás.

En esta historia, efectivamente, hay un solar, aunque algo diferente a los que acabamos de enumerar. Los acontecimientos que se desarrollarán a su alrededor lo transformarán por completo, pasando de ser un espontáneo patio de recreo a convertirse en un esperpéntico teatro. No cabe mejor definición para una historieta por la que transitarán fantasmas, falangistas, vagabundos, cazadores de nazis y mujeres fatales, ni siquiera la de comedia coral. Porque a diferencia de esta el esperpento busca deformar la realidad conjugando a un tiempo la ironía y la crudeza, desdramatizando los hechos a través de un lenguaje cínico, sin por ello negar la auténtica tragedia que subyace bajo el relato. Por segunda vez en su carrera, López reconstruye la Barcelona posbélica con la ayuda de los personajes tradicionales del tebeo infantil español. El precedente fue *Estraperlo y tranvía* (Ediciones B, 2007), situado en 1952 y protagonizado por la familia Ulises, la famosa creación de Joaquín Buigas y Marino Benejam. Las vicisitudes de dicho clan, cuyo auténtico apellido era Higuero, fueron un testimonio perfecto de las miserias y pretensiones de las clases medias de posguerra. Eran por lo tanto una herramienta ideal para evocar socialmente dicha etapa, y López supo aprovecharla. Para completar la fotografía recurría asimismo a otros iconos de la cultura popular de entonces, principalmente de la historieta y el cine.

De nuevo en *El solar*, un tebeo muy bien ambientado, echa mano de esos recursos e incide en cuestiones similares (la delación, las cartillas de racionamiento, la escasez alimentaria, las pésimas condiciones laborales, las insalvables diferencias sociales) aunque, y este es un detalle clave, con un humor y un cromatismo mucho más oscuro y desesperanzado. Nos hallamos en un periodo más duro, pese a que la diferencia cronológica entre ambos sea tan solo de un lustro. En 1947 existían todavía los campos de concentración, habían transcurrido únicamente dos años desde la supresión del saludo fascista en público y la presencia del ejército en los diferentes ejecutivos y en los estamentos gubernamentales seguía siendo clave. Ese ambiente represivo justifica por sí mismo la utilización opresiva de ocre, marrones y grises, o la inclusión de chistes (muy graciosos, todo hay que decirlo) acerca de la muerte, el hambre y la miseria. En tal contexto no se podía elegir mejor actor que Carpanta, claro, presentado aquí como Pepe Gazuza, un adalid de la mala sombra y la desdicha. Como muestra, un botón, la conversación de la página 48 entre el propio Gazuza y Doña Úrsula:

—Sr. Gazuza... ¿usted me ha engañado!

—Imposible, no es usted mi tipo.

—¡Usted no es adicto al régimen!

—Eso sí es cierto, soy alérgico a todo tipo de regímenes, incluidos los gastronómicos. Sin embargo, recuerde que conseguí un avalista.

—¡Jesús, si era el sereno!

—Es todo lo más a la derecha que pude conseguir...

—¡Pues queda despedido, en mi casa no queremos rojos!



Precisamente los diálogos son uno de los puntos fuertes del tebeo, arrinconando con acierto al resto de textos, casi inexistentes y solo utilizados para ubicar determinadas escenas. En general suenan ingeniosos, incisivos, críticos cuando hacen referencias políticas, funcionando de igual manera que los de Peñarroya, Jorge o Conti. Las réplicas son rápidas, casi instantáneas, imprimiendo una altísima velocidad a la lectura. Encajan, a otro nivel, con la esbeltez que imprime López a las figuras y a las siluetas que por momentos llegan a unos elegantes niveles de estilización, de divertido contorsionismo. Contribuye a ello su coloreado, expresamente descuidado, que no respeta las líneas, desbordándolas. La acuarela lo mancha todo.

En sintonía con lo antedicho, otro gran apoyo deberían ser, por lógica, los personajes. Sin embargo, estos se muestran algo más endebles a la hora de sostener el

guion. Exceptuando al doble de Carpanta, y a Petro —sosas de otra creación de Escobar, la criada Petra—, el resto de actores suenan mucho más vacíos, situados allí como meros interlocutores. En algunos de ellos está justificada esa ligereza, al fin y al cabo, no juegan ningún papel, o este es meramente secundario, por no decir terciario, si se puede (es el caso de personalidades históricas como el mismísimo Franco o Manolete, el torero). En cambio, los que poseen más peso en el argumento (Prosapio, el Sr. Simón o Ingrid), hubieran requerido de más atención para no convertirse, al final, en puras comparsas. De hecho, el desarrollo de la narración llega a un punto en el que las múltiples tramas corren el riesgo de entorpecerse por lo cerca que transcurren unas de otras. Llama la atención, a este respecto, la elevada densidad de población de habitantes por viñeta. Señalábamos con anterioridad que, a imagen y semejanza de *Estraperlo y tranvía*, López había aprovechado para rendir homenaje a los grandes (anti)héroes y autores del cómic español clásico a base de cameos. Gracias a su habilidad como dibujante y fisionomista, el lector atento y veterano reconocerá aquí a muchas de las criaturas nacidas en *TBO*, *Jaimito* o, sobre todo, en *Pulgarcito* y en el resto de las cabeceras de Bruguera. Pero tal maniobra no se debe a un tributo nostálgico ni tampoco melancólico, sino firmemente reivindicativo. Con su viaje a un pasado concreto logra demostrar que a través de esos productos culturales se entiende mejor el momento histórico en el que vieron la luz y se desarrollaron.

Según su propio testimonio, López se crió con estos tebeos, y los conoce bien. Eso se nota a la hora de ubicarlos cronológicamente, de contextualizarlos para sacarles todo el partido

---

posible. Los usa con habilidad, como si fueran suyos, asignándoles un rol similar al de sus obras más críticas. Curtido en decenas de revistas y diarios, poseedor de un estilo que sigue siendo moderno y enormemente reconocible, Alfonso López siempre ha sido un historietista comprometido. Desde las primeras colaboraciones para *Butifarra!*, de la que fue cofundador, hasta la serie de ensayos *Pasen y vean*, se ha mantenido en constante contacto con la actualidad, describiéndola con sencillez y efectividad. En *El solar* actúa de la misma manera.

ÓSCAR GUAL

*Óscar Gual (1973), bibliotecario de profesión, viene colaborando en diferentes medios especializados en el mundo del cómic como Tebeosfera o Entrecomics. Es, además, autor del libro Viñetas de posguerra: Los cómics como fuente para el estudio de la historia (2013).*